

Las ciencias sociales en México vistas como profesiones autónomas tienen una relativa juventud institucional, si se compara su desarrollo disciplinario con los casos europeo o norteamericano. El libro de Olvera Serrano es una minuciosa investigación sobre los orígenes, desarrollo y características peculiares de la sociología mexicana, y se centra en el periodo de institucionalización de la disciplina en México (1939-1965), etapa en la cual se crearon el Instituto de Investigaciones Sociales y la Revista Mexicana de Sociología y se organizaron los primeros Congresos Nacionales de Sociología; en cada una de estas empresas, el papel de Lucio Mendieta y Nuñez fue decisivo no sólo por su obra intelectual sino también por su actuación como hombre público.

Cabe aclarar desde el principio que este trabajo no es una biografía del destacado sociólogo mexicano, más bien la vida y obra de Mendieta y Nuñez es una ventana para observar los orígenes institucionales de la ciencia social y la formación de la primera comunidad de sociólogos en México. En este aspecto, el texto es un estudio pionero sobre la historia de la disciplina sociológica que sólo hasta hace poco ha sido considerada una veta de investigación relevante para un pequeño grupo de sociólogos mexicanos.¹

¹ La propia autora señala autores y obras afines a su investigación, entre los que destacan: Sara

Sin embargo, el público al que se dirige esta obra va más allá de la comunidad de estudiantes y especialistas de la sociología, porque además ofrece a los lectores una amena historia cultural sobre la relación entre intelectuales y gobierno posrevolucionario durante la época del llamado desarrollo estabilizador, ya que previamente se presentó como tesis de maestría en Historiografía de México.

El libro se divide en cinco capítulos. En el primero de ellos, la autora expone cuáles son los conceptos que guiaron su lectura de la obra de Lucio Mendieta y Nuñez, entre los que destacan los de historia efectual,

Sefchovich (1989). "Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 51, No. 1, IIS/UNAM, México; Aurora Loyo y L. Arguedas (1989). "La institucionalización de la sociología en México", *Sociología y ciencia política en México*, UNAM, México; Alfredo Andrade Carreño (1989), "La institucionalización de la investigación en ciencias sociales" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 136-137, FCPYS-UNAM, México; Aurora Loyo (1990). *La sociología mexicana desde la universidad*, IIS/UNAM, México; Fernando Castañeda (1990). "La constitución de la sociología en México", en *El desarrollo de las ciencias sociales en México*, UNAM, México; Lidia Girola (1995). "La recepción de la obra de Durkheim en la sociología mexicana", en *Estudios de Teoría e Historia de la Sociología en México*, UNAM/UAM-A, México. Véase también la revista *Sociológica* (1994), No. 24, UAM-A, México.

hermenéutica, prejuicio (Gadamer), significación y distanciamiento histórico (Danto); representación (Chartier) y operación historiográfica (De Certeau).² No piense el lector que es el clásico “marco teórico” tan acostumbrado en los escritos sociológicos, más bien es el punto de partida de las ciencias sociales contemporáneas, particularmente de la historiografía crítica, que supone que no existe un acercamiento “directo” al pasado pues el investigador selecciona, clasifica, ordena e interpreta los datos históricos de acuerdo a sus intereses personales, preguntas teóricas y presiones extracientíficas. El investigador reconstruye, reproduce, representa los hechos del pasado, a partir de un *locus*, de una ubicación en el presente que le permite ver ciertas cosas, pero olvida, oculta, borra otras. Por lo tanto, la autora considera pertinente advertir al lector que la suya es una historia y no *la* historia con mayúscula, de una parte fundamental de la disciplina sociológica en México; existen y habrá otras posibilidades, otras maneras distintas para relatar cuál fue el camino andado de la sociología mexicana.

Otro aspecto que hizo necesario plantear explícitamente las categorías conceptuales de la investigación, fue la enorme magnitud de la obra escrita de Mendieta y Nuñez, constituida por más de cincuenta artículos, cuarenta libros y ponencias en veinte congresos nacionales de sociología. Por este motivo, las preguntas que guiaron la lectura de Olvera Serrano se centraron,

principalmente, en las representaciones del sociólogo mexicano sobre conocimiento, sociología, universidad y en torno al papel que tenían los intelectuales en la (re) construcción de su sociedad.

En el segundo capítulo se reconstruye lo que la autora denomina el horizonte de significación de Lucio Mendieta y Nuñez, es decir las coordenadas de espacio y tiempo en los que se produjeron sus textos; aquí se describen las experiencias intelectuales, políticas y sociales de la generación a la que perteneció el estudioso mexicano: la generación de 1915. También se profundiza en la formación que tuvo Mendieta en la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (ENJ). En lo que para algunos historiadores constituye el “contexto histórico” o “ambiente intelectual”, Olvera afirma que el principal espacio de socialización de los jóvenes estudiantes de principios del siglo XX fue la Universidad Nacional de México, en donde recibieron una formación guiada por el positivismo francés comtiano y por la concepción naturalista de la ciencia norteamericana.

Pero, a diferencia de la sociología francesa y norteamericana en donde la disciplina estuvo íntimamente ligada a la filosofía social y al trabajo social respectivamente, en México los primeros cursos de sociología fueron creados dentro del Plan de Estudios de la Licenciatura en Derecho en la ENJ, del cual lograron desprenderse sólo hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando se inauguró al Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. El mismo Lucio Mendieta y Nuñez se recibió y obtuvo un doctorado en Derecho y su interés por la sociología nació precisamente en los cursos de sociología de orientación postivista, a los que asistió al iniciar su carrera en 1915.

² Hans-Georg Gadamer (1993). *Verdad y método*, Ediciones Sígueme, Salamanca; Arthur C. Danto (1989). *Historia y narración*, Paidós, Barcelona; Roger Chartier (1995). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona; Michel De Certeau (1993). *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México.

De acuerdo al positivismo, las sociedades humanas habían experimentado una evolución y progreso lineal que tuvieron un proceso acelerado a finales del siglo XIX y principios del XX, debido a la industrialización, la ciencia y la tecnología. Pero, dicha concepción evolucionista fue cuestionada por el gran acontecimiento que le tocó a vivir a esta generación: la revolución mexicana de 1910. Para Mendieta y Nuñez, al igual que para cientos de estudiantes mexicanos, la gesta revolucionaria provocó “un desplazamiento radical del horizonte de significación”, es decir, una nueva idea acerca del conocimiento y de la utilidad de la ciencia. La tarea más importante de la ciencia social sería la de solucionar los grandes problemas nacionales y la institución encargada de cultivar dicho conocimiento era, desde luego, la Universidad Nacional de México. Así, la institución universitaria fue uno de los puntales del proyecto nacionalista del nuevo régimen posrevolucionario.

En el siguiente apartado se aborda el papel de las ciencias sociales en la reconstrucción de la sociedad mexicana posrevolucionaria y la institucionalización de la sociología en la década de 1940. La transición de la sociedad tradicional a otra de tipo moderno implicó una serie de transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales que hicieron más complejo el estudio de las sociedades. Conocer y comprender la dinámica de las organizaciones sociales para prevenir y resolver los problemas más apremiantes, fue la tarea que se le asignó a las ciencias sociales no sólo en México sino también en Europa y Estados Unidos. Para Mendieta y toda su generación la “misión” de la Universidad era la de producir un conocimiento racional que serviría para la toma de decisiones del gobierno revolucionario. Para ello, era requi-

sito indispensable crear los espacios educativos encargados de formar a los futuros profesionistas, también había que financiar revistas especializadas, crear asociaciones profesionales, organizar congresos especializados, y acotar los objetos de estudio de cada una de las ciencias sociales. Todas estas actividades ya existían para algunas ciencias sociales, pero no para la Sociología.

De este modo, Lucio Mendieta y Nuñez llegó a la dirección del recién creado Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) y fundó la Revista Mexicana de Sociología (RMS) en 1939. Ambos hechos anunciaron el nacimiento institucional de la sociología en México, con la peculiaridad de que no se creó entonces una escuela profesional de sociólogos. Así, la nuestra fue una sociología sin sociólogos. Entre los problemas asociados a esta ausencia de profesionales de la disciplina estuvieron la falta de profesores especializados en la materia, que fueron sustituidos por docentes que provenían mayoritariamente de la Facultad de Derecho; la tardía recepción y traducción de los clásicos de la sociología en la ciencia social mexicana; la dependencia conceptual de otras disciplinas tales como la antropología o la etnografía; y la ausencia de una verdadera “comunidad” de sociólogos mexicanos hasta finales de la quinta década del siglo XX. Para la autora, más que una comunidad académica lo que funcionó realmente en los años cuarenta era un “colegio invisible” de estudiosos, mexicanos y latinoamericanos, que fueron los principales promotores de lo que entonces se entendía por sociología y que se congregaron alrededor del IIS y la RMS.

Al final de este capítulo, se revisa la copiosa escritura de Mendieta sobre los grupos indígenas que se publicó a lo largo de la cuarta década. El profundo interés del

sociólogo mexicano en los grupos étnicos se debía, en parte, a su previa colaboración con el antropólogo Manuel Gamio en la Dirección de Antropología de la Secretaría de Agricultura y Fomento. De la convergencia de esta experiencia laboral y de su idea de la ciencia social como conocimiento útil para la resolución de problemas sociales, surgió su propuesta de objeto de estudio para la sociología mexicana, a saber: el estudio de las etnias mexicanas.

Aunque las investigaciones que llevó a cabo el grupo de trabajo del IIS, dirigido por Mendieta, trazaron por vez primera un “mapa etnográfico” de México, no profundizaron en la dinámica social de las etnias del país, pues sólo se describían sus usos y costumbres, vida cotidiana, habitación, enfermedades y “vicios”. También por primera vez usaron conceptos sociológicos como los de clase, tradición y modernidad, pero mezclados todavía con los de la antropología mexicana decimonónica como el tan conocido término de raza.

Precisamente, en la cuarta sección cuyo título es “El patrimonio conceptual como medio de creación de una identidad disciplinaria”, la autora aborda aquella parte del trabajo escrito de Mendieta y Nuñez que tenía como propósito elaborar un cuerpo teórico nítidamente sociológico adaptado a la academia mexicana. Esta tarea ocupó a Mendieta durante los años cincuenta y sus reflexiones teóricas giraron en torno a las clases sociales, los partidos políticos, la mecanización social, la burocracia y, desde luego, la revolución.

En el periodo de la posguerra, el fenómeno revolucionario atrajo la atención de numerosos científicos sociales de todas partes del mundo —el siglo XX vio nacer y desaparecer varias revoluciones en casi todos los continentes—; Mendieta pensaba

que las revoluciones no eran hechos sociales inevitables, ya que si el experto social conocía que factores producían tales eventos, éste podría decir como prevenirlos. La sociología que propuso el estudioso mexicano trataba de “prevenir” conflictos sociales de gran escala, y no sólo “resolver” los grandes problemas nacionales.

Al finalizar la década de los cincuenta, ya existía el IIS, la RMS y un objeto de estudio para la sociología mexicana (los grupos étnicos), pero aún hacía falta un elemento central para la disciplina: una escuela de sociólogos. Este es el tema del quinto y último capítulo del libro, en la cual se narran y analizan algunas de las principales características que tuvo la fundación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales (1951). En dicha institución se formaron los primeros profesionistas del periodismo, diplomacia, ciencia política y ciencias sociales; en este último caso, el primer Plan de Estudios tuvo una vigencia de siete años y las materias de teoría sociológica, métodos de investigación social y estadística social se complementaron con la enseñanza de idiomas y la historia de México. Sin embargo, la planta de profesores estaba compuesta por abogados, filósofos del derecho, historiadores, antropólogos, físicos, médicos y economistas; esta debilidad profesional de la primera sociología mexicana se subsanó hasta la sexta década cuando se incorporaron al profesorado los primeros egresados de la ENCPys.

Hay que destacar que el propio Mendieta y Nuñez no fue un profesor de “tiempo completo”, debido a sus múltiples ocupaciones dentro y fuera de la academia sólo impartió clases a un pequeño núcleo de estudiantes de las primeras generaciones; pero, tal núcleo fue el primero en investigar empíricamente a la sociedad

mexicana, pues elaboró trabajos “sociológicos” sobre la delincuencia juvenil, análisis sociodemográficos, y características de algunos grupos obreros. Sin embargo, Olvera afirma que la separación institucional entre la enseñanza y la investigación es una clave importante para entender la debilidad profesional de los primeros sociólogos en México, debido a que los investigadores sociales se congregaron en el IIS mientras que los estudiantes se formaron en la ENCPYS.

En este mismo capítulo se expone el papel de Mendieta en la realización de los primeros dieciséis Congresos Nacionales de Sociología (1950-1965), que contaron con la participación de profesionistas de disciplinas ajenas a la sociología y de funcionarios públicos de diversas instituciones gubernamentales. Es fácil de entender el predominio de estudiosos y burócratas sin vínculos directos con la sociología, ante la falta de sociólogos profesionales, al menos hasta principios de la década de 1960. A pesar de ello, afirma la autora, la organización de tales eventos tuvo una gran importancia “simbólica” para la disciplina, pues fueron una especie de teatros donde se representaban (ensayaban) las posibles aportaciones del saber universitario a la toma de decisiones del gobierno mexicano. Durante una década y media, Mendieta y Nuñez tuvo un papel estelar en la confección del libreto, escenario y publicidad de tales teatros de la sociología mexicana. Después de 1965, el sociólogo mexicano desapareció de la escena principal y, aunque siguió recibiendo homenajes de la comunidad académica, las marquesinas ya no incluían ni su nombre ni sus escritos.

Para terminar esta reseña nos parece importante señalar que este libro será una referencia obligatoria para la comunidad de sociólogos y para todo aquél interesado en

la historia de las ciencias sociales en México; esperamos que siguiendo el ejemplo de esta investigación aparezcan otros estudios donde se recuperen las “voces” de otros protagonistas fundamentales de la primera etapa de institucionalización de la disciplina sociológica pero también —es cada vez más urgente— de los últimos tres decenios. Tales aspectos no los aborda suficientemente la investigación, pues no era su objeto de estudio, pero sí es necesario enfrentar, complementar, dialogar los textos y opiniones de Mendieta con la de otros personajes intelectuales de su época, dentro y fuera de la academia.

Asimismo, el énfasis de la autora está en el comienzo institucional de la disciplina y su incipiente profesionalización y afirma que en tal proceso estuvo ausente el debate teórico metodológico, sin embargo, sí hubo un intenso debate “cultural” durante los años treinta que debe revisarse con más detenimiento y quizás nos dé otras pistas para entender la falta de sólidas “tradiciones” sociológicas en la academia mexicana. De hecho, la misma autora reconoce que en la academia mexicana actual —al igual que en Europa y Estados Unidos— existe la fragmentación y multiplicación del quehacer sociológico, por lo cuál vale la pena preguntarse ¿ha existido en algún momento de su historia un núcleo teórico central en la sociología mexicana? o lo que ha habido desde un principio ¿ha sido un conjunto de diversos conocimientos con distinto grado de éxito en su profesionalización?

*Patricia San Pedro López**

* Departamento de Sociología, UAM-A.